

17

751



¡Gloria a Tí, brazo del Imperio!

Càucès

REVISTA LITERARIA

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE

PORTADA: EL CAUDILLO	JUAN PADILLA.
NUESTRO MENSAJE	FRANCISCO MONTERO GALVACHE, JOSÉ M. ^a HERNÁNDEZ-RUBIO Y PEDRO MONTERO GALVACHE.
SALMO DE GRATITUD.	MIGUEL MARTÍNEZ DEL CERRO.
EL CAUDILLO: CAPITÁN DE ESPAÑA .	JOSÉ SANZ Y DÍAZ.
ÉGLOGA	ARGIMIRO ARAGÓN.
FRANCO EL VENCEDOR.	JORGE VILLARÍN.
CORDIAL SALUDO DEL CAID BERAKÍN.	
DEL EXACTO AMANECER DE ESPAÑA.	SEBASTIÁN SOUVIRÓN.
LOS DONES DE LAS TRES HADAS . .	JOSÉ MARÍA PEMÁN.
VISIÓN HISPANO-ÁRABE DE FRANCO .	BENJAMÍN RAMOS GARCÍA.
EXALTACIÓN DEL ALMIRANTE	FRANCISCO GÓMEZ DE TRAVECEDO.
GLORIFICACIÓN DE LOS CAÍDOS . . .	FRANCISCO MONTERO GALVACHE.
FRANCO, VIGÍA	LUIS SUÁREZ RODRÍGUEZ.
SÍMBOLO Y VIRTUD DE LA FIGURA DE FRANCO	PEDRO MONTERO GALVACHE.
AL CAUDILLO INMORTAL	FERNANDO DE LOS R. Y DE GUZMÁN.
ÉL Y NOSOTROS	M. BARROSO HERNÁNDEZ.
¡VIVA FRANCO!	NARCISO CAYETANO Y OJEDA.
FRANCO EN EL LLANO AMARILLO . .	JOSÉ DE LAS CUEVAS.
NUESTROS COLABORADORES: BENJA- MÍN RAMOS GARCÍA.	
EL OTOÑO DEL POETA	PEDRO MONTERO GALVACHE.
BIBLIOGRAFÍA.	LUIS DE BARJA.
FOTOGRAFADOS.	«FOTO CASTILLA».

IMPERIAL TOLEDO



NUESTRO MENSAJE

SEÑOR:

Estaba ardiendo la tierra de Castilla,
toda,

toda la tierra religiosa y dura de Castilla.

Porque los hombres, caían al dolor de las llamas de sangre, acribillándose unos contra otros en
el frío silencio de las piedras.

Porque las novias lloraban la muerte de los novios, y las madres gritaban, al viento, la desesperación
por sus hijos, cortados, a flor de cintura, en el abandono de las calles.

Amanecía entonces, con esa amarga lentitud de las madrugadas de Semana Santa.

Amanecía entonces, livida, afanosamente.

Y estaba ardiendo entre todas las espigas recién segadas, la tierra perseverante y litúrgica de Cas-
tilla, la Madre.

Y florecían, en las heridas de los hombres, las flechas de la Primavera.

¡Apretadas, como un ramo de flores, en el yugo de la meditación!

SEÑOR:

Pero un día...

ya casi era tarde: era como una naranja exprimida en la calma del Cielo.

Todo estaba en una plenitud de estallido próximo.

Toda África, con su Llano de Oro, sus palmeras, sus blancas mezquitas; al aire su media luna y su recia chilaba mora...

Todo estaba a punto de sublimarse.

Las estrellas, los fusiles, y el polvo de las carreteras.

Las miradas perdidas en una lejanía celeste;

y de pronto, contra el viento y el sol de los llanos,

al aire los cánticos y las pompas guerreras, con los brazos alzados y las mandíbulas apretadas en señal de alegría, Tus hombres iniciaron, solemnemente, el himno de la guerra de Julio.

Así.

La guerra de Julio.

¡La Cruzada!

¡La primavera de las rosas!

¡Y el cántico espléndido de José Antonio!

En las flechas de los primeros muertos, florecía esa sonrisa perpetua que Te define ante nosotros.

Y un trémolo de arpas, excelsamente bellas por el amor de Dios, sonaba, hacia todos los extremos, sobre la carne desgarrada de España.

Hubo, como un resurgir de la sangre.

En loor de Tu guerra de Julio.

En loor de Tu guerra.

Fuiste, Señor,

el brazo y la idea, la norma y la realidad, el aliento y el camino.

Fuiste, Señor,

el máximo orgullo de aquella hora rediviva.

Y porque para siempre eres nuestro Caudillo, todos queríamos iniciar en torno a Tu gloria, el himno poético de nuestra invariable presencia, en apoyo de la obra imperial que España por elección divina, ha emprendido en la Historia.

Al Ofrecerte, Señor, estas páginas, decimos todos:

Que Dios Te ilumine.

Y Te colme de alabanzas.

Y Te asista con su alegría.

¡Así sea siempre!

Así sea.

¡Con un hondo sabor de laureles!

¡Con un hondo sabor!

Francisco MONTERO GALVACHE
José María HERNÁNDEZ-RUBIO
Pedro MONTERO GALVACHE

Salmo de gratitud

Alegraos los que sentísteis tormentos y afanes de muerte,
alegraos los que habeis sufrido privaciones y escarnios.

Alegraos, madres, las que temísteis por vuestros hijos
y también, vosotras, las vírgenes consagradas a Dios.

Alegraos los que tenéis arados y plantaciones
y los que ganáis con vuestro sudor el sustento.

Vosotros, los que lleváis en vuestros corazones el amor divino,
y los que habéis en vosotros gravado el dolor vivo de la patria.

Todos los perseguidos y atribulados, alegraos,
alegraos todos los hombres de espíritu.

Porque el Señor os ha mirado con ternura
y ha elegido al Caudillo de vuestra salvación.

No tengáis ya temores ni aflicciones,
no tengáis tormentos ni afanes de muerte.

Que su voluntad es fuerte y arrolladora
y su corazón templado y sereno.

Jamás podrá nadie resistir su empuje,
ni aun las piedras de las más escarpadas montañas.

Porque él sabe escuchar la invencible voz de su destino,
y contemplar la luz que viene de lo Alto.

Él es el bondadoso, el Juez prudente
que mira con amor a su pueblo.

Es pequeño su cuerpo como la ardilla del bosque
y su mirada tiene el candor de la paloma.

Pero es tanta la grandeza de su espíritu
como la sencillez de su figura.

Ágil es como el viento de Otoño para conquistar las tierras
y con la espada contener a sus enemigos.

Por las ardientes tierras de Africa llevó con ansia de conquista
la acción de España civilizadora.

Él era el que, impetuoso y joven, mandaba los heroicos tercios
por los desfiladeros del Atlas.

Y el que, prudente y sabio, dió a las generaciones nuevas
el don y el artificio de la guerra.

Siempre luchó por la causa de la Justicia
y fué la Verdad siempre la inspiradora de sus actos.

Y llevó siempre, como llamas, encendidos en su corazón
el amor y la vida de la Patria.

Ríndanse a tu recuerdo, oh Vencedor de la muerte,
las generaciones presentes y las futuras.

Bendígate la Naturaleza con sus dones más escogidos
y el Destino con sus más esclarecidos éxitos.

Los amigos con oraciones y alabanzas,
los enemigos con el temor de tu poder invencible.

Recibe, de tus vasallos, su tributo de amores,
con los brazos alzados y las manos abiertas.

Con los corazones llenos de filiales ternuras
y los ojos cargados de sueños y esperanzas.

Y resuene en tu pueblo eternamente,
como un eco de amor y de victoria
tu nombre, oh Franco, Franco, Franco...

M i g u e l M A R T Í N E Z D E L C E R R O

EL CAUDILLO

Capitán de España

El Caudillo nacional, el Generalísimo Franco, es el instrumento, la idea y el latido, de que se ha servido la providencia para llevar felizmente a cabo esta magna Cruzada universal que estamos viviendo sobre los campos católicos de España. Con Franco tenemos los españoles de la idea azul y la sangre roja la fe que levanta las montañas. Su fervor patriótico y su prodigiosa intensidad de vida le permite atender mil cosas a la vez, sin que la sonrisa que ilumina su semblante y rubrica su bondad desaparezca un momento de las comisuras de los labios.

En el resplandor firme y seguro de su rostro, en su labor infatigable, acertado y múltiple, el Caudillo da la sensación de ser un genial instrumento humano inspirado por un poder divino desde una zona superior.

Dos años hace que del cerebro militar del Generalísimo Franco brota y corre sin cesar un río de proezas, de actos heroicos, de victorias inigualables.

Y es que Franco y los españoles tenemos de la guerra una idea caballeresca, tradicional, religiosa.

El soldado, el requeté, el falangista, el legionario, saben con un Jefe así que luchan en pro de una causa sagrada, civilizadora, patriótica, universal. Y no temen la muerte, sino que la buscan, diríase que con amor de fervientes enamorados. Por eso hemos sido los primeros en llamarnos, desde las canciones bélicas de nuestros Tercios:

«Novios de la Muerte.»

Al soldado triunfal de los Ejércitos imperiales de Franco la voz del cielo le dice en su conciencia:

—Si caéis, seréis mártires gloriosos; porque ante los ojos de Dios no hay héroe anónimo.

El Generalísimo y sus huestes valerosas no se alzaron ni luchan por un botín de privilegios, sino por salvar la Cultura y la Religión de las torpes pezuñas moscovitas; luchan hasta más allá de la muerte y del esfuerzo humano por derrotar al materialismo presente e histórico, por hacer que España y la Humanidad sean mejores y más bellas.

Franco sabe bien lo que está haciendo; comprende como nadie y mejor que todos el conjunto y el alcance de su empresa. Con su mirada clara y su sonrisa buena, que no excluyen una voluntad de acero, va ensanchando sus dominios, hasta que alcance una plenitud lograda.

Y en tanto, tengamos fe ciega en él, pongamos nuestra más plena confianza en su genio militar, rubricando nuestra admiración y nuestro fervor en estos gritos: ¡Franco, Franco, Franco!, Capitán y Señor de nuestros Ejércitos... ¡Salve!

José SANZ Y DÍAZ

Egloga

Aquella tarde, tú,
Julio ardía sobre el campo
sueño y pesadilla en plateadas hoces
por pestañas;
aquella tarde,
te alzaste como una voz y un brazo,
en lo más lejano de tu patria,
donde las sirenas cantan, invitadas,
la sinfonía de espuma,
del océano, del aire y la palmera,
donde el camino del valle
es cántaro y cadera redonda,
donde el jardín se sube,
como un encaje, a los cabellos,
donde la mujer morena
y los labios ardientes,
donde el amor es lento,
donde, de pronto, se madura el fruto,
donde cerca del trópico...
te alzaste, tú, como una voz y un
brazo,
tú, Capitán de los nacidos,
una sonrisa al corazón y al labio,
Capitán de los que tienen que nacer.

•

Cuando llegaron las madres con los
senos abiertos,
en agonías lentas a las venas y al
aire,

los hijos muertos de fuego sobre los
brazos cortados,
y el padre,
cara a la tierra con la espalda en
ascuas,
abrazando
un mundo que se escapó a los ojos.
Cuando yacen tendidos
los objetos sagrados por el campo,
como si fueran toros azules,
como si amargos toros azules.
Cuando las sienes heridas por el ácido,
cuando al abrazo de musgos, la cintura
en ayes dilatados se comprime...
Las mesetas levantan cordilleras
de llanto y de silencio;
deja caer el cielo
una lluvia de estrellas derretidas.
Se hizo la luz y el fuego nuevamente,
ardiendo la pasión al pecho iluminado,
y fuiste tú, y eres,
Capitán de los nacidos,
Capitán de los que tienen que nacer.

•

Por tí los aires se colgaron
las mejores guirnaldas de los pájaros,
por tí fueron canciones
y alas abiertas.
Por tí,
las lunas clavaron corazones
de nácar en los pechos;
los árboles gimiendo
un lamento suave y bienvenido en las
ramas.

Por tí se levantó la voz del mediodía
en las gargantas de los puertos,
y las banderas
eran compases y eran gritos
en el ojal del aire
Por tí se levantaron
las ciudades ocultas en naufragios,
por tí salieron del fondo
los héroes de todas las edades,
abiertas las rocas de sus tumbas,
las algas levantadas,
y la mejor anémona por cinta mari-
nera.

Capitán, Capitán de los nacidos,
por tí
Capitán de los que tienen que nacer,
por tí se levantaron los brazos.

ARGIMIRO ARAGÓN

FRANCO EL VENCEDOR

«Nave senza nocchiero...»

DANTE

Como nave, que en la noche perdida,
Marcha sin brújula, timón, ni tino,
Como viajero que perdió el camino,
Como enfermo sin esperanza en vida,
Rodaba España triste y corrompida,
Cuando Franco, leal y justo, vino
A conducir la Patria en un destino
Venturoso de gloria y paz nacida
De la guerra, de la sangre vertida
Por miles de Españoles inmortales
En la gesta que imborrables señales
Dejará por su histórico camino
De, «¡Franco el vencedor!» «¡Franco el soldado!»...
—Sueño de la Patria y de su pueblo amado—.

JORGE VILLARÍN

Un mensaje al Caudillo

Cordial saludo del Caid Berakín

«Loor a Dios único. Su sabiduría está sobre todas las cosas y la fuerza de su brazo es mayor que la fuerza de todos los guerreros. Sus manos formaron la montaña y calaron el mar y sus dedos abren las rosas de todos los días.

Noble y gran emir de los hermanos de la gran nación española, General Franco: Saludos.

Yo quiero enviar perfumado el aroma de una antigua amistad. Mi salutación a vuestra elevación de los escogidos y de los amados de Dios. Si estuviese cerca, yo os enviaría también pasteles dorados de leche fría, como ya algunas veces os ofrecía en mi aduar, a la puerta de mi casa.

Los días son como los pájaros, que pasan volando. Mi barba ha encanecido algo desde que os ví por primera vez: érais joven todavía y montábais un caballo blanco, y en el estruendo del combate siempre el primero, y siempre, a la caída del sol, tornábais victorioso al frente de vuestra gente. Vuestra lanza era fuerte, como vuestro corazón; era como el corazón de los que invocan a Dios. Vuestra inteligencia, como un águila en persecución de una banda de gorriones. Mucha gente de la montaña se admiraba de que nunca muriéseis en la batalla, ni que ni siquiera perdiéseis algún brazo o una pierna, porque a vuestro caballo blanco apuntaban muchos fusiles, escondidos entre las gavas, que deseaban matar a vuestro caballo, para matar luego al jinete. Y yo mismo, que hoy lloro por haberlo hecho, soñé ser quien acertara con mi fusil; pero tenías sobre tí la baraca que es la bendición de Dios, y después Dios ha hecho que sea la amistad y no la muerte la que nos uniera.

No podías morir: ahora ya lo veo claro, como quien despierta de un sueño. La mano misericordiosa del que todo lo puede defendió tu persona, porque te guardaba para hacerte Emir glorioso de España. Y ya lo eres.

Dios concede a los mejores la honra de salvar a los suyos de los mayores peligros, para que el pueblo no sucumba y para que el bien permanezca sobre la tierra, para que siempre se glorifique a Dios en la oración. Yo no he podido, por mi edad y por mis achaques, ir a combatir contra los demonios a tu lado; pero he aconsejado a todos que lo hagan y que te sigan, porque tú llevas en tu espada la fuerza y llevas la victoria sentada en la grupa de tu caballo. Porque tú rezas el nombre bendito de Dios y sabes sus mandamientos y los cumples, Dios ha tendido la mano sobre tu cabeza, y no la quitará nunca de sobre ella. Por eso España puede estar contenta, y la gente del Mogreb también lo está; sobre todo yo, que te hablé muchas veces, y me honro con tu amistad. Y la paz.»

Del exacto amanecer de España

Por la rosa perfecta de los vientos azules
España se desborda en un ritmo de Imperio
y con anhelo exacto de juventud eterna
reconstruye en la guerra su perdida armonía.
Velan los centinelas bajo aquellos luceros
donde otros compañeros guardan la Eternidad.
Se construye un Alcazár, se redime la Historia
y la voz de lo Eterno nos reclama otra vez.
Porque España es el ritmo de la vieja armonía
que se impuso ante el mundo con la cruz y la espada
y cuando el mundo se hunde en el caos de lo incierto.
España se redime y lo redime a Él.
...y cuando tu preguntes
cómo ha sido el milagro;
y cuando los clarines
derramen por los vientos
y las tierras de España
los sonidos exactos del triunfo final,
una voz infinita te dirá así al oído:
"España fué de nuevo la España de otros días,
y... Dios estuvo allí..."

SEBASTIÁN SOUVIRÓN

LOS DONES DE LAS TRES HADAS

Orillas de Galicia, rajada entre altas peñas,
hay una concha verde que es el Puerto del Sol.

Guillermo Pitt,
el viejo Lord,
dijo que merecía una coraza
de plata aquel presente que a España le hizo Dios.

Los vientos entre flores se duermen en su orilla.
Las escuadras del mundo caben en su interior.

Y allí ha sido la dádiva suprema
del Señor.

Allí por la maroma de plata centellante
de una luna indecisa de diciembre, con son
navideño, bajaban de la mano tres hadas
como la aurora blancas y rubias como el sol.

Hay una cuna blanca que espera la visita
y en la cuna una vida frágil como una flor.

Las hadas disputaban sobre cuál le traía
un presente mejor.

La primera tenía los negros ojos tristes
como las infinitas noches de Beni Arós.

Le traía una espada con el puño de oro
y la punta impaciente de sol.

Se la puso en la cuna, sin turbar el silencio.
Así duerme a la orilla de un torrente, una flor.

La segunda tenía verdes como los pinos
de Salamanca y Burgos, los ojos. Resplandor
de sol de mediodía circundaba su frente.
Su paso era prudente como un blando rumor.

Le traía una pesa de plata. Se la puso
sobre la cuna blanca con silencio de amor.
Así un rayo de luna sobre la blanca nieve.
Así sobre Dios Niño, la copla de un pastor.

La tercera tenía como un cielo sin nubes,
la mirada celeste: Geranios de candor
floreían su rostro. Burlaban sus hermanas:
¡Dínos cuál es tu don!

—Le traigo una sonrisa
clara y abierta, hermanas, como una rosa en flor.
Con tu espada invencible conquistará la tierra
y los vientos y el sol.
Con tu pesa medida conquistará el respeto...
¡con mi sonrisa clara conquistará el amor!

Y se fueron, danzando, por el aire, las hadas...
¿Cuál le trajo, de todas, el presente mejor?

JOSÉ MARÍA PEMAN

Visión hispano-árabe de Franco

1.—Antecedente y consecuente históricos.

Nuestra Península está prendida a Europa como un corazón, sensible a las repercusiones de los avatares más trascendentales. Forma geográfica de corazón tiene su contorno y no de piel de toro, como siempre se ha dicho; y he aquí el fundamento más capital, tal vez, para que este querido trozo ingente de tierra sudeuropea, tenga una más agudizada percepción y una más hiperestésica y sutil predisposición captadora, de todas las emociones y hechos anímicos y materiales del armónico conglomerado humano.

España es un corazón, en cuyos nervios sensibles, en cuyas arterias vasculares, han repercutido todas las palpitaciones y todos los pulsos de las vicisitudes varias y heterogéneas de la Civilización múltiple; han tenido eso todos los trascendentalismos y todas las excepcionalidades de la Historia; y España, ha podido sufrir el desvío del Destino y experimentar mermas y mutilaciones de su homogeneidad orgánica, pero España no ha sido jamás inconsecuente consigo misma, aun cuando el azar o lo imprevisto, la hayan pagado con incomensaciones, desvíos y reparaciones ilógicas.

En la Antigüedad, la invasión racial más heterogénea invade a España. Las razas del Norte, las razas orientales mediterráneas; las razas devastadoras y las razas mestizas más impersonales, vienen hasta nosotros con ansias de lucro y de conquista. España se asimila la clásica sabiduría latina y queda en nosotros una Edad Antigua, porque reconocemos en nosotros una Edad Romana.

Taric, lugarteniente del Moro Muza, inicia la conquista árabe de España, y da comienzo a ese largo período caótico que se ha dado en llamar «noche oscura de la Edad Media»; pero España en este tránsito, es medieval porque tiene también a Carlomagno, que ya en el Pirineo catalán combate en Cruzada al infiel y crea entre los cruzados de este territorio la «Marca Hispánica».

Y España es renacentista, no por emulación ni adaptación acomodaticia, ni por influencia exterior latina; España es del Renacimiento, porque ya antes le ha señalado Aragón su Norte; le ha señalado don Jaime el Conquistador su orientación mediterránea; y lo tiene que ser con Reyes de una mentalidad ecuménica imperial como don Juan II y doña Isabel y don Fernando; y con Capitanes como Roger de Flor y don Gonzalo de Córdoba y con clérigos como San Vicente Ferrer y Cisneros.

Y si surgen las Germanías y las Comunidades, surge un Carlos I; y si surge la heterodoxia y el libertinaje, surge también el fuero depurador de la Santa Hermandad; y ante la peripecia revolucionaria de Lutero, se alza la especie enjundiosa y el mentís contundente de Ignacio de Loyola.

Y para la invasión turca, hay un Juan de Austria y un Juan Andrés Doria; y



En Africa, bajo el sol, se canta en romance
nuestra Cruzada. (D. Mullor).

encuadrado nuestros mejores antecedentes y consecuentes históricos de Patria.

2.—Disquisición del Medievo.

Tomamos té moruno con Sidi Dris Ben el Hach, un erudito ulema del moderno panislamismo, que ha bebido en las doctas fuentes clásicas del paraninfo granadino, la filosofía mística de las *suras* más trascendentales del Corán y que lleva prendidas en la albura de su alquicel, la nostalgia y la saudade del pasado esplendor del Califato.

La estancia está sahumada de benjuíes modernos y prestigiada del mejor silencio musulmán, en una casa refulgente de cal y rumorosa de surtidores del *fellha* tetuaní.

Hablamos en voz baja, como si orásemos, en un tono de mutua sinceridad confesional, en pos de una renovación de coincidencias pretéritas que queremos revalidar, para fortalecer nuestras convicciones raciales de hermandad.

De una manera táctica, hablamos, como si no nos hubiésemos propuesto temas enjundiosos; afán deliberado e incontenible de restaurar ante todos los despiertos ojos de nuestra conciencia, la afinidad de nuestros pueblos respectivos en la coincidencia histórica de cada día; gestación de ese organismo homogéneo y pujante que ha fraguado en todos los hechos trascendentales la simultaneidad de nuestra presencia dual y que ha prestado a cada oportunidad enjundiosa, la característica de un nombre o una figura señera genial, investida también del aliento biracial de la marca arabigoespañola.

—¡Conoces a Franco!—le afirmo.

—Le conozco—me dice—; y le conocen y le presentían las sensibilidades más agudas de nuestro mundo islámico; ese popular *folklore* moderno, enredado en

para la rebeldía flamenca, un Duque de Alba y un Farnesio y un Spínola; y para la invasión napoleónica-francesa, unos héroes del 2 de Mayo; y ahora también, ante esta otra pretendida invasión brutal, un legendario Adalid: ¡FRANCO!

Por esto, si en el juego de damas de los razonamientos, hay un lugar para el cálculo y el contrapeso de las palabras contrastadoras; si en el mundo de las cosas inconsútiles que nos llegan a *posteriori* con alientos de perdurabilidad, hay un lugar para la extracción del coeficiente lógico que arrojan las cosas en el mundo de lo trascendental, nosotros decimos que España jamás ha dejado de ser consecuente consigo misma, en este cubileteo sereno y equilibrado de teoremas didácticos y dialécticos en que hemos

la musa popular del *Mogreb el Askā*, que le exalta y le consagra héroe legendario en las aljamiadas y arábicas de nuestra poesía cotidiana.

Yo estoy convencido—prosigue Sidi Dris—del resurgimiento árabe de ahora al socaire de lo español, como creo que el robustecimiento del alma ibera, tuvo perfil acusado precisamente, cuando le llegó el ascendiente prócer de los califas de Damasco, después del caos de las dominaciones prehistóricas que asolaron España.

—Traiais también una pujanza helénica recogida de vuestras ruinas de Cartago, Sidi Dris. Yo quiero que recuerdes que en Córdoba y en Hispalis, supisteis recoger los vestigios de la sabiduría romana de los Césares y vuestros Avicenas y Averroes, cantaron en la lengua latina y citaron las sentencias de los filósofos del *Jardín de Academus*.

—La avalancha conquistadora de los Omeyas y Abasidas invade vuestro suelo, llega hasta la Provenza; a la iniciación pujante de los Emires, sucede la esplendorosa realidad del Califato, y quiero que tú, cristiano, recuerdes, que Almanzor, en sus *algaras* bélicas llega hasta Compostela, se lleva todo lo que encuentra estimable a su paso y respeta, sin embargo, la tumba sagrada de vuestro Apóstol Santiago.

—Nuestro Campeador os combatía y después de venceros, sentía flaquezas por exigiros con severidad el pago de las *parias*, negligencia que le costó ser desterrado de Castilla por Alfonso VI. Rodrigo Díaz de Vivar por heroico, mereció el nombre de Campeador; por Señor e Hidalgo, recibió el nombre de Cid, que es el *Sidi* de los musulmanes. Nosotros, combatiéndoos, dimos lugar a nuestros derechos forales, a nuestro Fuero Juzgo, a nuestros Reinos cristianos.

—Nosotros, al contacto guerrero con vosotros, forjamos las leyes del derecho consuetudinario y nos descompusimos también en la decadencia de los reinos de *Taifas*.

—El Moro Muza, fué un cristiano renegado que a todo trance quería convertirse en rey árabe de Aragón.

—Aben Humeya, era un español de las Alpujarras que estaba hechizado y lleno de las mejores esencias árabes de la tradición panislámica.

—Boabdíl, tenía sangre cristiana y un gusto refinado y señorial de poeta latino.

—Nuestro grito de guerra, después de Pelayo, era «¡Santiago y cierra España!».

—El nuestro, era también una invocación sacrosanta a Alá, al grito de «¡Desperta ferro!».

Y tras una breve pausa, Sidi Dris se levanta a avivar el pebetero adormecido, mientras las celosías altas prestan a la somnolencia de nuestra evocación, las luces débiles y aurirroscadas del crepúsculo, lleno de iris y de ecos de almuedanos.

Es indudable la estrecha correspondencia que siempre ha existido entre lo español y lo musulmán en los momentos culminantes de nuestros avatares guerreros. En España, cuando haya que buscar un fundamento robusto a nuestras decisiones, tendremos que buscarlo en sus ocho siglos de Reconquista, que son una intensa Cruzada de compenetración hispanoárabe.

Tarde de Julio con sabor de chirimías paradas en las altas palmeras
(D. Mullor.)



Nuestro arte, bajo la influencia musulmana, es mozárabe; el de ellos, al recibir la influencia del cristiano, se denomina mudéjar. Mientras ellos hacían la magnífica exteriorización mudéjar de la Alhambra, nosotros levantábamos la filigrana mozárabe del monasterio de Guadalupe. La Giralda, es como la ejecutoria señera de Almotádid que se agitana y se siente torera y mora. En Marrakes, se halla la Kutubia, hermana de esta Giralda que, con idéntico perfil arquitectónico, está fluctuando entre hacerse trianera o echar a andar en un éxodo bohemio y colonial en pos de las babuchas santas del Profeta.

El áloe de las mezquitas, tiene el aroma del incienso de nuestras catedrales; la sencillez austera de los *marabitos*, un encanto patriarcal y místico de ermita castellana; y los exorcismos de los santones que marchan a *Yeddá* después de Ramadán, ese acento persuasivo y encantador de infalibilidad que hemos amado en los mejores monjes de las peregrinaciones palestinianas.

En la cromática y caudalosa sucesión de vocablos y acepciones, con que el Medioevo fué ajustando los hechos y las cosas a las pautas clasificadoras del calificativo, hay una palabra que resume nuestra identificación bien elocuentemente: como *muladies*. Es decir, que la fusión recíproca durante las distintas edades, fué tan completa, que hubo que dar a los descendientes de esta tan estrecha unión, un calificativo, un nombre, y ese nombre, era el de *muladí* para los hijos de estas nupcias de Civilización y de sangre, que implicó, a lo largo del tiempo, nuestro estrecho contacto arabigo-español.

Muladies en el siglo VIII, cuando Pelayo se levantaba en Covadonga; *muladies* en los siglos IX y X, bajo la égida de Carlomagno; *muladies* en el siglo XI, bajo la estrella prócer y egregia del Cid, Señor de las Rutas de Castilla; *muladies* en el siglo XIII con don Jaime el Conquistador; y *muladies* también ahora con FRANCO, bajo FRANCO, en pos de FRANCO, Caudillo empapado de las sendas épicas de España, émulo del Cid, galaico coterráneo de Santiago, que tiene prendida en la frente la Estrella genial de la Predestinación gloriosa; yugos y flechas católicos con contornos precisos de Atlas tingitano y perfiles firmes, augustos y altivos de toda la mejor orografía peninsular ibérica, de cuyas eminentes alturas ha nacido, gestado ya, este grito sublime que se concierta en los días de estos solsticios gloriosos con severas y roncadas voces de atavales triunfales y que dice así: «¡Arriba España!»

3.—Perfil humano del Adalid.

Ha nacido en el Ferrol, empapado de esa sutil sensibilidad poética de las *morriñas* y de las *saudades* galaicas, de la prócer solemnidad agreste de los *pazos* y las *corredoiras* que cantó Rosalía; y el contorno viril y augusto de Adelantado épico que tiene la silueta geográfica de Finisterre, aupada sobre el paisaje marino, oteando las aguas de los mares calientes y el fabuloso El Dorado de Nueva España.

Toledo le cruzó de caballero egregio de las armas, en medio de la ínclita pro-sapia que representa la ciudad imperial, llena de la mejor tradición de las épocas medievales y renacentistas. Marruecos le ciñó al talle, como en un abrazo,

el esguince gracioso de su comba geográfica, en el ínclito fajín de su generalato egregio y celestial; y en su figura prócer, rebosante de los mejores matices de los ídolos mitológicos tradicionales, campea su sonrisa, que es como una anticipación luminosa transparente de su alma insigne, llena de plata y henchida de la mejor alegoría simbólica y patriótica: ¡ESPAÑA!

Su efigie está hoy presente en la mejor iconografía intercontinental de estos dos pueblos; en la emoción cordial de todo corazón español y árabe. Se reza por él en las naves augustas de las catedrales más ínclitas de la Cristianidad holladas por las sandalias de San Juan de la Cruz y de Teresa de Cepeda y en las mezquitas silenciosas y ahitas de misticismo de las *medinas* de Tetuán y de Xauen. Le cantan las líras de los mejores poetas latinos de esta hora y el plectro primitivo y virgen de los mejores salmos del Profeta; en los aduarecillos pequeños y minúsculos de los macizos de Gomara y Beni Urriaguel y en los abigarrados y populosos barrios de las mejores urbes de Berbería.

Franco, Franco, Franco; perfil humano, señero, de las mejores nupcias y augurios de bienestar y Paz, está poseído de la Predestinación sobrenatural de los Elegidos, ese don inmanente de que están revestidos los Genios y los dioses, de esa única e incoercible fuerza centrífuga y centripeta de que está provisto el Hemisferio, merced a cuyas dos eficaces y contrarias tendencias, responden el equilibrio y la razón de ser de todos los sistemas. Feliz irradiación, tacto genial y creador de Poeta y de Capitán, que hará surgir de entre el fervor proselitista que hasta él llega, el Triunfo bélico, la Convivencia social y la Paz, la Paz sublime y fecunda de una España Imperial.

BENJAMÍN RAMOS GARCÍA



VOZ DE LA FALANGE

Hemos permanecido en las trincheras de la España dolorida y combatiente, de las que no saldremos hasta que el País todo, y sus destinos, se entreguen a esta juventud capaz de crear la España grande que anhelamos.

ONÉSIMO REDONDO

Exaltación del Almirante

El Almirante es Francisco Franco, Capitán de España en la nave de la Victoria.
El Almirante es el Generalísimo a caballo sobre un mar de rubíes con la silueta del «Balears» al fondo.

Él llevó los timones de mando desde el primer día; desde la sequedad de la tarde africana, desde el minuto del Llano Amarillo. Él sólo.

Caudillo de España en la ventana marrueca.

Capitán del Estrecho sin barcos.

Almirante sin entorchados.

Pero Almirante.

Sólo él podía guiarnos en aquel naufragio por mares de tinieblas sin esperanza.
Sólo su mano supo trazarnos la ruta.

Estábamos ciegos y su gesto nos abrió las pupilas; fué como una lucecita de esperanza en la noche del desaliento amargo, como un estallido de gloria en la «santa bárbara» del pesimismo.

Fué como un batir de alas de arcángeles, como un mandato recio y solemne de Dios sobre la tierra.

El 18 de Julio de 1936, todos los delfines del Mediterráneo irredento, llevaban en sus escamas de plata un nombre y una leyenda:

«Franco, Almirante de España por la gracia de Dios.»

¿Qué importaba el uniforme?

Sin entorchados jerárquicos, Franco lleva los rumbos de toda la Escuadra.

Es al principio.

No tiene barcos, ni capitanes, ni timoneles.

En Africa se queman de impaciencia los tabores de Regulares. No hay más camino que el mar; pero el Estrecho es rojo. Tiene aún huellas de sangre caliente de los Marineros de España, que un gobernante asesino ha ordenado que se tiren por la borda.

Hay que pasar por el mar; como sea.

Franco, Almirante de España, desde la cumbre varada del Monte Acho, da la orden.

Tiene el puente de mando en tierra firme, con los álamos, con los chopos, con los olivos, pero su corazón está en el mar; con sus soldados, con sus marineros, con sus legionarios.

El paso del Estrecho, en la tarde del 5 de Agosto, es su primera victoria naval.

La voz de Yagüe, tiembla de emoción en las piedras del muelle de Algeciras.

—Sin novedad, mi general—.

Franco sonríe y va a rezar ante la virgen morena de Africa. Es su primera plegaria de Marino, como los antiguos Almirantes de España cuando hundían el filo de sus espadas en las aguas de los mares recién descubiertos.

Franco, Capitán de tierra firme, Generalísimo con la sed de Castilla, tiene prisa y anhelo por asomarse al mar.

A los mares y a los puertos de España.

Primero Málaga, ventana de claveles al Mediterráneo.

Luego, Bilbao, Santander, Gijón...

Todo el Cantábrico es de Franco.

Pero el Caudillo tiene ya en el alma y en las sienes, el ansia y la nostalgia de las brisas marinas.

El mar le anda en los planos y en las rutas de guerra.

El mar en los ojos de José Antonio y en el afán apretado de las camisas azules.

El mar en el color de los cielos, en el Himno de Falange y en los fajines de los oficiales de su Estado Mayor.

El mar en la más alta presencia del Caudillo.

Tras la victoria de Teruel, Franco clava su espada victoriosa en el corazón de la brecha levantina: Vinaroz.

El 31 de Mayo, el Almirante sin uniforme revista con orgullo su escuadra.

Allí vuelve a ser Franco, Generalísimo de los mares.

Allí está el gesto y la sonrisa del Caudillo en el mare nostrum.

Allí la promesa de nuestra Armada futura.

Y el Imperio.

El Imperio con Franco, Timonel de España por la gracia de Dios. Capitán de naves, de vientos, de estrellas.

¡Almirante!

FRANCISCO GÓMEZ DE TRAVECEDO

La tradición, más que remedio, es substancia. No ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias.

JOSÉ ANTONIO



Glorificación de los caídos

*...y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego,
que se asentó sobre cada uno de ellos»*

LIBRO DE LOS HECHOS.—CAP. 2, VERS. 3.

*En el Paraíso no se puede estar tendido. Se está vertical-
mente, como los ángeles.*

JOSÉ ANTONIO.

En el nombre del Padre, serenísimo rezo que me enciende la vida
En un hondo tejer de coronas de flores consumidas al Fuego Sagrado.
En el nombre del Padre, me santiguo al azul que vigila la Guardia Impasible,
En la tierra desnuda de los blancos sepulcros al sol de la paz.

Por la muerte que hundi6 en vuestros labios, descarnada, su lengua,
Y esparci6 en vuestra sangre su veneno de azules relámpagos.
Por la muerte que ardi6 en vuestros brazos fundidos en todos los vientos
en la lucha perfecta que buscaba en los montes la canción de la Cruz.
Por la muerte tendida en la dura rigidez de los miembros heroicos
y en la boda sangrienta consumada al zumbiar de los himnos triunfales,
sobre el lecho de espuma que las ansias tendieron al sol apagado,
¡yo desgrano en la Noche—vuestra Noche de mármoles blancos y rectos—
mi oración de presencia en vosotros, nuestros muertos, en piel!

Talleres Tipográficos

M. MARTIN

José E. Díez, 7. - Telf. 1259 - Jerez

Encargando sus trabajos a estos talleres, quedará Vd. satisfecho de la calidad y economía que encontrará en los mismos.

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Vda. de R. Manjón

Sanlúcar de Barrameda

PRÓXIMAMENTE APARECERÁ

“EL LIBRO DE LAS CRÓNICAS”

POR

Francisco Montero Galvache y José de las Cuevas

VOLUMEN I

DE EDICIONES

“CAUCES”

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Telf. 1928

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA -- COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

J. FIALLO

E. RIVELOTT

Trabajos fotográficos de todas clases.

Tapones CORONA

La más visitada.

Precintaje en general

- - - - - Taller para Aficionados.

SANTA MARÍA, 15. JEREZ

General Sánchez Mira, 25.

JEREZ

M. A. P. F. R. E.

SEGUROS

JEREZ DE LA FRONTERA

En breve:

“3 estampas místicas de San Juan de la Cruz”

por JOSÉ DE LAS CUEVAS

Sois la sabia que mueve el clamor de los gestos heroicos y cumbres.
Sois la eterna esperanza de Dios que ha infundido en vosotros su aliento.
Sois la muerte vencida por la mano gigante de un mundo latino
que levanta en la tierra su fuego imperial de grandezas católicas.

Sois la savia y el tronco: la quietud que florece en los miembros heridos
a fuerza de golpes de sangre, sobre el yunque de la tierra y el sol.
Y en la eterna presencia de los nervios, hermanos de todos los héroes,
hay un gesto solemne que prolonga el momento en que visteis la muerte llegar.

¡Se levantan al cielo nuestras voces ardientes serenadas al sol de la vida,
a pedir en la Gloria que mantenga el Señor nuestras manos en una:
más perfecta al calor de vosotros, los muertos egregios que estáis a su lado,
vigilantes de estrellas, frente al mundo, con la Cruz del Eterno alcanzada!

¡Veintinueve de Octubre!:

Se perfilan al aire de todos los campos
Vuestros yugos altivos y el clamor impaciente de las flechas agudas,
que nos trazan, de pronto, su sangrienta y gloriosa caminata de paz.

¡Veintinueve de Octubre!:

¡Deshojad en las torres vuestros ecos desnudos
Oh Campanas celestes que hasta Dios levantáis vuestro llanto impalpable
por la dura cosecha recogida en los surcos del dolor de los hombres!

¡Levantad vuestro júbilo, y que duerman al aire los rumores de todos los ríos,
y que apaguen su lloro en las ramas las gargantas del viento inflamado,
y el fulgor de las vivas estrellas que alumbran de lleno la Noche de Bodas,
sobre el lecho de sangre, en la ofrenda de todos los miembros vencidos,
al compás de los Siglos que vuelven con el sol de la Guardia Triunfal!

¡Oh Campanas de hierro y de Gloria:

Levantad vuestro júbilo en los surcos del granado dolor de los hombres
y agítad en la Lumbre de Cristo el fervor misionero de la Santa Cruzada,
y las altas estrellas que alumbran en la noche la pasión de la Guerra Civil!

¡Descended de las lomas, silenciosos, con las manos cuajadas de espigas,
Oh labriegos de España, por cantar en los arcos de pino la gracia del Yugo!
¡Lentamente, por los viejos caminos, descended como flechas de bronce
Y sentid en la tierra, el temblor de los muertos augustos!

¡Oh las bodas solemnes del trabajo y del aire, de la vida perpetua
enlazada al color de caoba de los bueyes en la tierra alumbrada:
en la puesta de sol, al crujir de las eras con el trigo esperado,
descended a este Rezo Imperial, con los brazos alzados en rito de flechas,
al Altar de la Vida que es la sombra del sol derramado en los surcos!

Descended a esta paz de los muertos sagrados, labradores del mundo,
y veréis en la tierra más viva, la cosecha más alta y gozosa,
trabajada con sangre y cilicio por la Guardia Eucarística
donde están los mejores vigilando las claras estrellas
de la heroica intemperie fecunda.

*Levantad vuestro Júbilo, oh campanas de hierro y de gloria,
sobre todos los aires del mundo.*

*¡Que en la dura vigilia de las noches de Octubre, segadoras de todos los fríos,
nuestros muertos en pie, permanecen delante de todos nosotros,
con las manos crispadas, en señal de presencia,
que no admite el descanso
ni el aliento dormido!*

¡Permanecen en pie vigilando el fervor de la Guerra
y el agudo silbar de las flechas altísimas!

En el nombre del Padre, serenísimo rezo que me enciende la vida
en un hondo tejer de coronas de flores consumidas al Fuego Sagrado.
En el nombre del Padre, me santiguo al azul que vigila la Guardia Imposible
en la tierra desnuda de los blancos sepulcros, al sol de la paz.

Por la muerte que hundi6 en vuestros labios, descarnada, su lengua:

¡Yo desgrano en la Noche, en la blanca intemperie de los mármoles rígidos,
mi oración de presencia en vosotros que abrazásteis en Cristo la Luz!

Francisco MONTERO GALVACHE

Franco, vigía

Yo que he leído con fruición las páginas donde se narran sus pasos por el mundo, he visto cómo a Franco le han nacido las primeras canas de sus cuarenta y cinco años, al borde de su frente descubierta, después de una vigilia perpetua, ojo avizor al porvenir y la grandeza de España. España ha tenido un buen centinela en este hombre que hoy, cuando llega a la plenitud de su vida, ve también colmado el logro de sus afanes con que la Patria navegue, adelante claro, por mares sin escollos y sin bancos de arena escondidos y traidores. Franco vigía de la Patria, supo cumplir su oficio desde la modesta atalaya del hombre profesional, nacido de esa pródiga cantera que llamamos clase media de España, hasta la ocasión memorable, eternamente memorable en los fastos de nuestra historia, en que vio llegado el momento de realizar lo que había pronosticado, sin remilgos, haciendo gala de su apellido, frente a las tituladas jerarquías del poder, cuando éstas, en pleno reconocimiento de su tesón y de su valía le alejaron, agua de por medio, a unas islas riquísimas desde donde había de dar el salto de coloso a los campos tetuaníes para abrazarse después con las tierras españolas.

Franco, debelador por el prestigio de España cuando ese prestigio estaba en mantener a toda costa el protectorado marroquí que nos habían confiado. Uad-Lau, Tazarut, Rokba-el-Gozal, Koba-Darsa, Melilla..., todos esos nombres que suenan a nuestros oídos meridionales contagiados por una fuerza atávica con el sentido poético del musulmán, todos esos nombres cobran hoy, en el panegírico de Franco, lugares de primer plano.

En Africa se hizo Franco para España. Allí le curtió la Providencia que aguardaba su hora y allí fué vigía de nuestro crédito en el mundo desde su mocedad en que, barbilampiño casi, susurraba a los oídos del general Primo de Rivera, con la insistencia del pequeño que no calla hasta que no alcanza lo que pide, que en los acantilados de la playa de Alhucemas estaba el secreto marroquí. Aquellas piedras saben de otro secreto: el secreto de Franco centinela y vigía en el desembarco que puso fin a tantos lutos y lágrimas. Por eso Africa en la hora de la verdad que es la hora suprema de las decisiones, le ha pagado amor con amor. Africa conoce bien lo que Franco vale. Menos mal que ya para nuestra ventura lo conocemos todos.

En los misteriosos planes de la Providencia, Dios le hizo invulnerable. Le guardaba para esta ocasión solemne y las balas bordaron la pequeña silueta del futuro Caudillo sin que le rozaran. He leído esta confesión en una misiva, her-

mosa pieza literaria, que un musulmán ilustre dirigía a Franco no ha mucho tiempo. El Caid, lo confesaba él, había apuntado a Franco entre la retama y la maleza y no había logrado su intento. Dios preservaba al Caudillo y como homenaje a su grandeza y predestinación, el musulmán notable, sobrecogido, en un arrebató lírico que podemos comprender en nuestra caldeada imaginación los que todavía respetamos las celosías morunas en las ventanas, invitaba arrepentido al Caudillo a pasteles dorados de leche fría en la puerta de su aduar. Franco de Africa a España no abandonó su oficio. En el pulmón de Madrid pondrá ahora su avanzadilla vigilante. Fué cuando el zarpazo que valió a Asturias el sobrenombre de roja. El Palacio de Buenavista, castigado hoy con mordeduras de metralla en sus piedras, sabe de unas horas febriles, de unas pupilas abiertas—las pupilas de Franco—y de un cerebro en tensión perenne—el cerebro infatigable de Franco—, que había vencido en el anónimo a la revolución. Franco a la voz de España que le dijo: ¡Centinela alerta!, respondió con la voz recia, sin veladura: ¡Alerta está! Alerta allí, en la noche trágica de Octubre, batiendo en su cubil a la fiera asturiana, como ensayándose para estas horas definitivas.

A partir de entonces ya no sosegará el vigía de España, ni se dará punto de reposo, ni dará paz a su ánima porque el momento está cerca.

Tú, enemigo, le pondrás el mar y la lejanía para quitarle de tu lado, pero sus ojos escrutadores salvarán la lejanía y las aguas y te seguirán de cerca, midiendo tus pasos hasta presentarte batalla, la batalla que tú querías dar a él para dar dos veces por dar primero.

Ahí le tienes hecho el Caudillo de la victoria y dueño del brazo que borrará tu nombre, maldito siempre, del suelo de España. Ahí le tienes que todavía no ha dejado y pedimos a Dios su salud porque no abandone su puesto de vigía.

Se enfundarán las armas y aún verás sus pupilas abiertas, desmesuradas, para romper los secretos del porvenir que risueño se abandona a su palabra.

Este pasado de Franco, centinela y vigía, es la piedra de toque de nuestra confianza, que si sangre, y sangre generosa, de mártires hubo en las luchas por la Independencia y tras ella una victoria malograda, no ocurrirá aquí por la gracia de Dios que ha templado el genio de Franco en el fuego de un amor que no se consume, le ha dado pulso de titán, grandeza de Aquiles y muchos años por delante para cambiar su puesto de vigía por el de timonel.

LUIS SUÁREZ RODRÍGUEZ

Al nacer el III Año Triunfal.

Símbolo y virtud de la figura de Franco

I

España, balcón avanzado de la vieja Europa sobre el mar de los grandes destinos y las rutas descubridoras y colonizadoras, vuelve a lanzar al Mundo entero su mensaje de paz y de amor. Un amor y una paz, hechos carne viva y gloriosa en la arquitectura de este Imperio, forjado por los mejores en el duro yunque del sacrificio, de la renunciación, de la disciplina, sobre la geografía ensangrentada de nuestros montes y nuestras aldeas, nuestros valles y nuestros ríos, de ecuménica historia.

Claro mensaje, cuya realidad ha de hallarse en la razón suprema, en la divina armonía de las armas y las letras, de los versos y los cañones, de la sangre, el dolor y la alegría, porque únicamente los pueblos que se saben fuertes y dueños de sus destinos, únicamente los que *pueden* odiar y combatir, *pueden* hablar a los demás este dulce lenguaje de la paz y del amor.

II

En el áspero camino—erizado de prejuicios, de falsedades y egoísmos—de aquella noche oscura en que nos hundieron el liberalismo y la democracia, una luz alumbraba nuestras tinieblas; un resplandor lejano encendía en adolescentes fulgores los horizontes de la Patria.

¡Pobre luz de los valores tradicionales de la Raza, destinada a morir (creyeron muchos, abandonados al criminal pesimismo de la caduca generación del novecientos) como esas luces que en los bordes de los caminos, florecen y se apagan, sin dejar más que un pálido recuerdo en el corazón del caminante!

¡Pobre resplandor (casi desdibujado ya por las monstruosas concesiones de una era posibilista) de aquella hoguera gigantesca de la fe, prendida a los riscos de Navarra, a las rosas de Valencia, a las nieves y llanuras de Castilla, por los cruzados del Rey sin Corona; del Rey arrogante como los paladines de los romanos antiguos, adorado de los suyos como un patriarca de la Vieja Ley; heroico-errante y andariego, como los reyes que cantaron los poetas paganos, en lenguas ya muertas!

En la noche oscura del liberalismo, en el fárrago absurdo de traiciones y cobardías, de la República infame, uno sentía palpar en las venas, como un atavismo sagrado, como un afán imposible, la solemne y augusta melancolía del carlismo.

¡Aquella nostalgia de las cruzadas legitimistas, honda y evocadora lo mismo que el silencio y el reposo de un torreón feudal abandonado en las orillas de las sendas que sólo conocen los lobos y las águilas, o en las alturas de los picachos olvidados donde anidan los cóndores!

Uno amaba el carlismo así, azotado por la persecución, el ostracismo y la burla, y al pensar en el día del triunfo suspiraba como los creyentes de esas religiones que agonizan y se extinguen todos los días, en el lejano y misterioso oriente.

III

Hacía falta, que un brazo de titán, se hundiera en la costra que deformaba el Sér de España, hasta encontrar el corazón vivo de la Patria, para arrancarlo a la deslealtad y la duda, y mostrarlo, sangrante y abierto, como una rosa de pasión, a las muchedumbres yertas del frío de la dejadez y el escepticismo.

Porque debajo de aquella coraza de triste y agobiador pesimismo, aleteaba el espíritu de un pueblo, que empezó a vivir en el amanecer de la historia; el alma mater de aquellos teólogos que levantaron, frente a la perversa hipocresía de la Reforma, el edificio incommovible de las ordenaciones y la intolerancia salvadora de Trento; la intransigencia doctrinal de nuestra Monarquía (esquivo y luminoso perfil de unidad, de jerarquía y pensamiento) que hizo posibles la fusión, en un haz, de todos los pueblos de España para realizar la bella misión providencial que Dios nos confiara.

Y un día desde las Islas floridas, que son descanso de una noche, en la ruta de las Islas arcanas, Franco llamó a Cruzada a las multitudes de España. Parecía un sueño descabellado, y el Mundo con una sonrisa, mitad incrédula, mitad recelosa, se dispuso a asistir a nuestro fracaso.

Todos los caminos previstos se cerraron. Prueba exacta de que Dios tomaba por Suya la empresa, al ponerla el signo de la contradicción humana.

Después, la angustia, el afán, la espera de las primeras horas, los auxilios insospechados, y por último este ardor implacable de victoria que la Guerra Santa adquiere en nuestros días.

Luego, cuando la Paz sea un hecho consolador, la vacación imperial de España, proyectada hacia afuera de las fronteras; hacia los cuatro puntos cardinales, más allá de los mares, por la Voluntad de Dios y el Caudillo, obrará el prodigio de convertir en realidad aquellos Dogmas Nacionales que las razas bárbaras juzgaron quimeras de un pueblo soñador y romántico.

IV

¡Mito y Virtud. Símbolo de Arcano de Franco; elegido por Dios mismo, desde toda la Eternidad, para consumir esta sagrada tarea de resurgimiento espiritual, de retorno a la Romanidad y el Imperio!

¿Qué palabras, Señor, podría uno arrancar a esta lengua señera de Castilla, para decir a todas las gentes, que viven, con el alma en vilo, y el oído y la mirada en vigilia constante, la grandeza de nuestro drama, la hondura, la significación y la trascendencia de Franco, Arcano y Símbolo, Virtud y Mito de la España Nacional Sindicalista?

¡Franco, Franco, Franco...!

¡Porque Dios te eligió para Caudillo de esta Patria dolorida que otra vez salva la historia de Occidente!

¡Porque supiste leer en el curso de los astros el secreto de nuestro destino racial!
¡Porque encendiste el fuego del odio a la Anti-Patria en las falanges arcangélicas, que te siguen, dichosas, a la gloria de la Muerte y de la Vida!
¡Porque aún en el fragor de la lucha, te consume la divina impaciencia de rehacer a España,
y triunfas de las injusticias sociales y las formas anticuadas, en tus batallas de la retaguardia, y has hecho nacer en nosotros una Fe ardiente en el futuro de España, bajo tu Signo!
¡Que Dios ponga Luz de lo alto en tu mente, brío y seguridad en tu brazo y dulzura y aliento en tu sonrisa!
¡Que la España inmortal bendiga tu nombre
y guarde tu memoria, intacta y blanca, como la flor del naranjo!
¡Que las razas extrañas confiesen tu gloria
y el Universo Mundo salude tu paso por las páginas floridas de la Historia!
¡Que los hombres y las mujeres y los niños de esta España, redimida por tí oigan tu voz y obedezcan tu mirada, como el niño oye y obedece lá mirada de la madre!
¡Y que España entera sea entre tus manos
como el árbol tierno y la cera blanda!
¡Y que todos los españoles vivamos en vigilia eterna, en tensión perpetua
prontos a lanzarnos, con la rapidez del viento, a la gloria de la Muerte o de la Vida que tú quieras señalarnos!

PEDRO MONTERO GALVACHE

NOTA:

El exceso de original acumulado para este número, que nos ha obligado a suprimir incluso varios originales de antiguos colaboradores nuestros, nos ha situado en el trance de no publicar las fotografías de arte encargadas para el mismo, que iremos dando más adelante, a medida que el espacio disponible vaya permitiéndolo.

III AÑO TRIUNFAL
ESPAÑA LIBRE

Ayuntamiento de Madrid

Al Caudillo inmortal

I

*Las alas de los siglos venideros,
arcos de triunfo en lubricán potente
alcen al sol eterno de tu frente
y a tu gran corazón, bronces iberos.*

*Para tu gesta nuevos romanceros
canten el mar, el viento y el torrente,
y ecos lleve del tiempo la corriente
que no igualen jamás Dantes ni Homeros.*

*Ya la inmortalidad laurel y palma
eleva para el gesto de tu gesta
que a Occidente dará perenne calma.*

*Y la tierra y el cielo están de fiesta;
que al Dios de los Ejércitos tu alma,
paloma azul, la oliva rinde enhiesta.*

II

*Sacerdotal orfebre de la gloria,
la Custodia de España renovaste:
Torre Celeste en el ciclón la hallaste
y sol la diste al cielo de la Historia.*

*De Samotracia no hubo la Victoria
gesta cual la que en oro cincelaste;
con la que, nuevo Escano, circundaste
el planeta, en rotunda trayectoria.*

*Brazo de Marte y genio de la guerra,
occidental Caudillo providente;
de negra tempestad libras la tierra.*

*Y al salvar la cultura de Occidente,
luz de milenios en hirviente sierra,
la Atlántida en tu honor es himno ingente.*

III

*Enhiestos brazos, torres te saludan
en cumbres de imponentes catedrales
y, en hogueras, cenizas funerales
ni un momento alumbrar tu gloria dudan.*

*Para el Titán los cielos no se mudan
y las tierras se tornan celestiales;
que si el Árbol del Mal florece males
fructifica el del Bien soles que escudan.*

*Conmuévense raíces y cimientos
al paso de tus huestes y te elevan
los bosques himnos y los monumentos.*

*Y a los cuatro horizontes tu luz llevan
aromas de la Rosa de los Vientos
porque en todo confín prodigios lluevan.*

Fernando DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN

ÉL Y NOSOTROS

Con anchas exclamaciones crepusculares en esta hora lírica en que nosotros estamos más altos aún que las nubes, en el nombre del Padre y del Hijo, rezamos una oración por Tí, Caudillo azul de mi España.

Desde mi frente actual, multiplicado de fé con tu estilo—limpio—tengo un grato paladar morado en la garganta. Precisamente, muy cerca de las altas estrellas, señaladoras de rutas de tierra y mar, de Imperio, de continente y contenido espiritual, magno y romántico.

¡Qué bien se pronuncia ¡Franco! aquí, en los aires de Sierra Nevada! ¡Qué frío más intenso en los músculos y qué infinitos deseos de correr por estos valles penetrados—con tu amor—en la sangre!

¡Cómo canta el campo con tu presencia! Por tí y por España, Franco, todos los tiros tienen calidad de poemas;

Los parapetos son cauces.

Las «chavolas» son limpios hogares donde todo el tiempo es un constante rezar por nuestros muertos madrugadores.

¡Qué bien se pronuncia ¡Franco! aquí, en lo más alto de España, donde Dios y tu voz dan las tres voces de nuestra reconquista...!

M. BARROSO HERNÁNDEZ



Firmas nuevas en «Cauces»

¡VIVA FRANCO!

España era un bajel sin norte y guía
que en recia tempestad iba al abismo.
Sin fe ni compasión, el comunismo
de lágrimas y sangre la cubría.

Mas un piloto levantóse un día,
y llevando el timón del patriotismo,
enarboló la cruz del cristianismo
con la gloriosa espada que ceñía.

Hecho sublime de eternal memoria:
regir en paz la trabajada tierra
por caminos triunfales de victoria.

¡La palma y el laurel su vida encierral
¡A Franco siempre coronad de gloria!
¡Honor al Genio invicto de la Guerra!

Narciso CAYETANO Y OJEDA,
Coronel de Intendencia de la Armada.

Franco en el Llano Amarillo

«Cuando los acusadores nos impedían que nos reuniéramos, ni tú ni yo podíamos tomar venganza contra ellos.»

«Lanzaron a espiarnos todos sus esbirros a cuyo lado eran pocos mis protectores y mis defensores.»

«Los combatí con tus ojos y con mis lágrimas aunque mi voluntad los hubiera herido con el hierro, con el agua y con el fuego.»

HANDA

Guadix 1.580

I

Africa no es la pasión literaria decadente. Africa no es la mujer que toda la noche baila desnuda sobre las tiendas de campaña hasta sentir los labios enardecidos de escarcha y madrugada. Ni la Antinea del Teniente Saint Avit.

Para nosotros los españoles, Africa tiene un secreto llamándonos dentro de la epidermis. Es como si de repente de los desiertos pálidos y de los viejos olivos de Tirguist sintiéramos la llamada prehistórica, a las armas, a la lucha; la voz del clan en todas las vértebras del cuerpo. En las largas veladas sobre la tierra dura de los blocaos, Africa guiña sus ojos noctámbulos como un telégrafo oscuro y visionario que nos quemase banderas del recuerdo, entre las manos. Precisamente a esa hora turbia del amanecer, cuando la tierra siente conciencia de su maternidad, de su destino y las raíces viven el único momento de su vida enterrada, Africa parece, perdida a distancia, lanzar su S. O. S. de temor, en palpitir de luces, y es como un corazón hermano que nos llamara desde lejos con nuestra misma lengua y lo que es todavía peor, con nuestra misma sangre. El estrecho es un mito. Hasta que no se está en la punta de Tarifa no se comprende como nuestra historia no ha sido más que un desear de macho hacia la hembra diluida y carnal a través de cristales de océano. En las altas madrugadas de Algeciras cuando los muelles respiran arenas la tierra resuella y gime como en las grandes pasiones humanas.

Es el primer drama de enamorados en el mundo. Un drama cósmico, geológico, monstruoso. Un drama entre dos continentes distanciados entre tierras iguales separadas. El primer crimen pasional, un crimen fuera de código y de cálculo en el jardín de los terremotos étnicos; está en esa separación tremenda del hombre y de la mujer entre barrotes de agua y espuma fría.

El hombre y la mujer primitivos, bravíos, solos desde hace centenares de años, atados al martirio de la piedra amarrada, sin unión posible, estériles para siempre. Es el estrecho más triste y más alegre de la tierra. Algo así como las paredes de las casas de los enamorados donde la novia tiene un balcón demasiado alto, o como la tragedia pequeña y vulgar de los novios enfermos que no podrán casarse nunca.

Pero tenemos la voluntad del hombre y de la historia. Esto no es problema de seres minúsculos. Es problema providencial, de infinito, de mundos, geológico y también racial, gloriosamente endémico en la carne española. España está ya harta de devorar pasión desde fronteras de mar y lejanía. El amor salta montañas, dice un refrán español, y nuestro amor fanático, doloroso, ¡hace tantos años, Señor! tiene sobrada fe para saltarlas el primer día.

No. Sé lo que váis a decirme. Mentira. Africa no es la bailarina asmara, ni la arena húmeda en las noches suaves, ni el espejismo nervioso del desierto, ni el Kiff, ni el salacof excursionista, ni tampoco los jardines dormidos de la dulce Yebala. Africa es algo más para nosotros. Africa es nuestro querer, nuestra pasión, nuestra hembra. Africa es el testamento de Isabel la Católica, Reina Madre. Y la carne podrida en el Monte Arruit. Y las fuentes claras de Granada, y la cantera de la mezquita de Córdoba y el vientre de la guitarra y el trémolo de la seguidilla y la gubia de la Giralda. Africa es el nombre de Almirante y el nombre de él. De él. Sidi, Cid, Señor, Caudillo.

El corazón sangra, pero los legionarios cantan y en el pueblo renace la esperanza muerta.

FRANCO

Ulad-Lau. Primer campamento de la Legión. Hay una línea divisoria entre el mar y Xauen, ciudad misteriosa. Delante Tarazut con sus jardines inmensos, que el aire de la tarde mueve como el traje de una mujer bonita. La Legión está seis meses confiada, sin salir, sin luchar, instruyéndose. Es un cursillo de heroísmo lento, firme, de la mejor escuela, de la escuela de Franco y de Millán Astray. La tierra es amarga y áspera como una piel curtida, y en las guardias nocturnas cuando los perros andan rondando el campamento y la neblina dice al oído cosas estúpidas, Xauen empieza a estirar el sonambulismo fanático de sus luces en la bruma como una novia que nos diera una cita desde lejos con los brazos brillantes de pulseras. Es la hora de la madrugada. En el cerro de Yebel Alam han prendido las luces de las kábilas. Abajo, a la orilla de un río invisible hay una voz antigua y conocida que corre batiendo el tam-tam de las pasiones como una vieja leyenda de perversión y de peligro.

Al amanecer, Xauen tiene algo de muchacha que se desnudara delante de ojos ciegos para atizar aún más el sortilegio. Viene el brazo de agua clara de Ras. El Má con olor a romero del monte. Desde la cintura del alba, Xauen juega a las banderas de sus tejados rojos y peina en sol los miñaretes de sus doce mezquitas. A esta hora abren las puertas de la calle de Sieka y hay una hilera de babuchas bordadas en los dinteles de las tiendas mezquinas y sucias de los zocos.

Los legionarios endurecidos, cansados, inmóviles esperan. Es algo así como un aprendizaje de deseos, como una doma de instintos. Los nervios galopan muchas veces desesperados como relojes sin cuerda y la imaginación salta por el valle del Targa florecido todo de azahar de los naranjos y de los bosques olorosos y siempre verdes de los olivos. Y más allá, por el misterio encantado del Raisuni.

Los legionarios atados a la disciplina, están seis meses en Ulad-Lau. Aunque nadie lo crea, de esos seis meses en medio de la tentación, junto al misterio y la aventura sin tocarlos; de esos seis meses de ascetismo militar, de ese cursillo de bravura y de ímpetus se hace la solera de la Legión, la solera de la carga del Telat, de la sorpresa nocturna de Uisan, de las posiciones sublimes de Sidi-Musa.

Es la profecía olvidada y mitológica de Dar-Riffien. La primera piedra del Llano Amarillo. Las enseñanzas de la legión están ya bordándose en camisas de sudor y de sangre. Y se sabe escoger novia de ceniza y de lucha como en un raro cenobio de anacoretas atravesados de cicatrices y medallas. En la mejor antología de la legión, la antología épica y heroica que un día escribirá el poeta está Ulad-Lau al pie del acantilado y la aventura, cercado del amor y del misterio como el primer romance legionario. Este romance de la legión que luego ha de venir en labios de los niños y de la historia después de dejarse el cuerpo desgajado por todos los picachos de la Patria.

III

La Legión es Africana. Marroquí en su origen, en el avance y en la valentía, en el color de las camisas heroicas. Y en su fundación.

Franco que la ha hecho, pedazo por pedazo, lucha por lucha, en el espejo de su espíritu, se ha tallado también en Marruecos. Ha luchado catorce años en la Gran Guerra Africana, pequeña, dolorosa, una guerra en cada corazón y en cada madre. El sabe de el silbido de las balas y de las centinelas bajo las lluvias terribles de los trópicos y del asalto a los barrancos enormes cuando el rosmar de los hombres parece aullidos de chacales. El tiene su cuerpo herido por un tiro en África y en el suelo de Biutz hay sembrada sangre de Franco. Cuando la Legión se levanta el 17 de Julio en el Llano Amarillo, y los Regulares bajan cantando hacia Melilla y la Bandera de Castejón llega montada en camiones desde Tahuima, no se hacía sólo historia sino también prehistoria.

En el Llano Amarillo. El sitio era una cosa escogida de hace siglos. En un campamento—paridero de leones—España nace entre banderas desgarradas y pechos resudados de pelea. Una España nueva, desangrada y lívida, pero limpia, con la frente alta. Una España de héroes y de mártires en un campamento de la Legión.

JOSÉ DE LAS CUEVAS

Benjamín Ramos García

En los bellos rincones del Marruecos español, que aún conserva el encanto ovidiano de aquel reino de Atlante, en el que una noche fabulosa aguardó Perseo la llegada de la Aurora, Benjamín Ramos García vive sus horas consagradas a la meditación y al estudio: esas horas fecundas, en las que surgen las páginas admirables de sus libros que tantos triunfos han dado a su autor en el estudio y el teatro.

Victorioso en la noble lucha de las letras, su nombre es de sobra conocido del gran público de «Cosmópolis» y de tantos otros diarios y revistas de Madrid y Barcelona, viejos paladines de nuestra Causa, hoy al servicio, por esclavitud asiática, de la horda bolchevique.

Gozador, como pocos, de las emociones del Africa española, donde Franco el Caudillo soñó y anunció la grandeza de esta Cruzada impar de la Civilización, «CAUCES» sabe de sus alientos, de sus alegrías en las horas de las viejas dificultades, que al prolongarse cada tiempo, son el sello de Dios en aquellas empresas que a los altos ideales se consagran.

Benjamín Ramos García, unido a nosotros casi desde la iniciación de nuestra Obra, será siempre, el compañero leal, el animador constante, el luchador infatigable, unido también por camaradería nacional-sindicalista, para el que nada significan el desaliento y la dificultad de cada hora. Recientemente—en noticia que recibimos al entrar estas líneas en las cajas—ha sido galardonado en un Concurso Literario celebrado en Marruecos, por su trabajo «Volverán banderas victoriosas», que ya deseamos conocer.

Nuestro número presente, consagrado por entero al Caudillo de España, amplía su ofrecimiento, con un espléndido y documentado trabajo histórico, en el que Benjamín Ramos García analiza, desde la tierra marroquí, la figura excelsa de Franco.

Nosotros ofrecemos a este querido camarada y amigo, nuestro abrazo de bienvenida.



El Otoño del poeta

Novela por PEDRO MONTERO GALVACHE

La veía rendida, dichosa, echada hacia atrás la cabeza, entornados los ojos, rozando las pestañas el cerco de las ojeras, entreabierta la boca, en una sonrisa, suspirante y feliz.

—¿Sabes a quien me recuerdas ahora...?

—Veamos qué nueva locura se te ocurre...

—Así de fragante y exquisita debía ser la Esposa del Cantar de los Cantares. Si era como tú, no me extraña que inspirara la mejor canción erótica del mundo.

—¡Pero, Javier! ¡Hablas como un hereje...!

—Ya te he dicho que cerca de tí, aunque quisiera, no podría ser otra cosa...

—Bien. Suéltame. Vas a acabar con mis flores...

—Cuando las deshojamos huelen más. ¿No lo habías notado?

—Eres cruel. Yo, jamás podría destrozarlas con esa frialdad... Me remordería la conciencia toda la vida. ¡Son tan lindas...!

Mientras hablaba, las distribuía en ramos que iba colocando en las macetas y las fuentes de cristal y de plata, que le traía Laura, con agua fresca y limpia.

De los bosques y los jardines de Lis, se levantaban, entre ruidos lejanos, las sombras de una noche apacible. Arriba, en un cielo límpido y magnífico, empezaban a temblar las estrellas, como signos de una página arcana. Era el ocaso de una paz dulce, de una gozosa quietud que sahumaba los nervios y aflojaba el espíritu.

Javier Benalgar tornó a la lectura de Santa Teresa. La prosa señorial, inimitablemente bella de la hidalga Reformadora, encantaba al aristócrata; en aquellas prosas sutiles hallaba un remanso de conformidad, un oasis deleitoso y grato en sus exaltaciones místicas.

Aquellas exaltaciones místicas, que precedían y seguían, en su alma enfermiza a todas las rebeldías fieras, a todas las decadencias de aquel pobre corazón, siempre atormentado.

—¿Qué lees, Javier?

Distraída, dió a Laura la última fuente con flores, y de puntillas se acercó al Marqués. Púsole las manos en los hombros, e inclinando la cabeza por encima de la de Javier, leyó el título de la obra. Una nube de odio, de rencor, ensombreció sus ojos:

—¡Siempre los mismos fantasmas...! En vez de ahuyentarlos, te empeñas en hacerlos cada día más precisos, más dominantes...

—¡Qué quieres...! Los llevo dentro del alma. Son como las sombras que obscurecen la paz de las conciencias pervertidas. Para huir de ellas tendrfa que huir de la mitad de mí mismo. Seguía, con la vista, las torpes piruetas de un pavo real, que jugaba con un crisantemo, sobre el barandal de la terraza. La balaustrada, desde la que una noche—una de las primeras noches de su estancia en el Palacio de Lis—vió a Marisol, paseando bajo el claro de la luna, como en el encanto de una leyenda dorada. Vivió, con la melancolía del recuerdo, la emoción y el goce de aquella noche glanea, y suspirando, exclamó:

—Escucha, nena. Voy a leer un trozo de los comentarios que hace Santa Teresa, a algunos versos del «Cantar de los Cantares». De niño me impresionó tanto que jamás pude olvidarlo. Ahora, al leerlo de nuevo, he sentido frío en el cuerpo, congoja en el alma...

1. «Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos: nunca Dios nos la deje probar, que es para guerra perpetua. Cuando uno de los del mundo anda muy quieto, metido en grandes pecados, y tan sosegado en sus vicios, que de nada le remuerde la conciencia.

2. Esta paz ya habeis leído, que es señal que el demonio y él están amigos, y mientras vive no le quiere dar guerra, porque (según algunos son malos) por huir de ella, y no por amor de Dios, se tornarían algo a él, enmendándose, más los que van por aquí nunca duraron en servirle, y como el demonio lo entiende, torna a dar gustos a su placer y tórnase a su amistad, hasta que les da a entender, cuán falsa es su paz.

En éstos, no hay que hablar, allá se lo hayan, que yo espero en el Señor, no se hallará entre nosotras tanto mal.»

En la calma del anochecer, sonaba la voz de Benalgar, pausada, solemne, como el clamor infatigable de un remordimiento.

Angelita callaba, clavados los ojos en el pavo real que abría la cola, como un triunfo de sedas y de flores junto a una maceta enorme de cactus, plegados los labios en un frunce de irónico desprecio, de compasivo desdén.

—¿No te dicen nada estas palabras de la Santa? El corazón más humano, quizás de todos nuestros místicos...

—Nada, Javier. Como no creo en esos fantásticos terrores de ultra-tumba, que te roban la vida, comprenderás que todas esas sutilezas espirituales tienen que dejarme insensible. No creo en vuestra Religión, no creo en ninguna religión, afortunadamente. Mi paz no es, como la tuya, fruto de un aturdimiento de los sentidos, de una existencia consagrada por entero, a las concesiones de una sensualidad exigente y descarrada. Es que no tengo Fe en otra vida superior. Por eso gozo y río y agonizo a mis anchas, sin miedo a ninguna divinidad celosa...

—¿Pero es que no crees, así, en absoluto, o es que finges no creer, para engañarte a tí misma?

—No soy tan niña, ni tan poco inteligente, como para hacerme la ilusión de que es posible engañarnos a nosotros mismos. ¡Así, no se engañan más que los niños y los imbéciles!

—No se puede vivir sin un ideal del alma, que nos levante por encima de las ruindades de esta vida...

—¡Qué duda cabe! ¿Acaso yo no tengo ese ideal? Será menos puro que el tuyo, Javier, pero al menos no le hago traición. Le soy fiel; él me acompañó siempre, empujándome en mis luchas, animándome en mis dudas, hasta el triunfo...

Hubo una pausa muy larga. Era de noche. Una brisa cálida, anunciadora de lluvias, traía del parque aromas de flores y ruidos de fuentes... El pavo real dormía, acurrucado en el ancho macetón de cactus. De tarde en tarde, lanzaba su graznido agorero, al que hacían coro otros más lejanos y explayosos.

—Verás. Yo no tuve la suerte o la desdicha,—nadie sabe lo que más le conviene en este mundo—de nacer, como tú, en los fulgores de una gran linaje y una fortuna regia. Nací pobre, muy pobre. No supe quien fué mi padre, y mi madre murió siendo yo niña, todavía... Unas señoras, intolerantes y egoistas, me llevaron a un convento de monjas, y en él viví, hasta que a los diecinueve años, me fuí a la caza de aventuras, porque aquel ambiente me ahogaba. Y no es que la austeridad de la vida monacal, estuviese, entonces, en pugna, con mi naturaleza. Esos ímpetus, que vosotros, los creyentes, llamais vicios, dormían aún en mi corazón. Era que la piedad, que las monjas se esforzaban en infiltrar en mi sér, se me revelaban como un sentimiento vacío, helado, convencional, rutinario... Rezaban mucho, y yo con ellas, pero un rezo maquinal, que solo brotaba de los labios, y yo necesitaba creer. ¡Creer, Javier! ¡Qué horror, y que agonía tan espantosa, sin esperanza de muerte! ¡Sentir la urgente la ineludible necesidad de creer, y no hallar a nuestro alcance más que una fé inconsciente, basada en revelaciones, en libros fantásticos!...

Javier atendía con la frente ardorosa, abatida sobre el pecho; y las manos, pálidas y frías, estrechando el libro de la gran Santa, mística y andariega. A él, buscador de todos los pecados, gozador de todas las sensaciones de unos placeres tristes, aquel lenguaje le parecía un crimen.

—Y como tenía todo mi tiempo libre, porque aquellas pobres monjas de clausura me adoraban, y no me dejaban ocuparme en trabajos absorbentes, me dí a la lectura con una sed inextinguible, con un ansia voraz... Los más famosos sistemas filosóficos, las doctrinas de las

religiones más discutidas, las historias y las leyendas de cuantas civilizaciones recuerda el hombre, desfilaron por mi cerebro. Y a medida que avanzaba en aquella investigación, mi inteligencia se aclaraba, se aquietaba mi corazón, se fortalecía mi carácter. ¡Cómo palidecía en mi alma la figura de Jesús! ¡Cómo veía en vuestra Religión viejas reminiscencias de otros cultos muertos hace muchos siglos, pero que un día fueron en el Oriente remoto y misterioso tan omnipotentes como el Catolicismo en la España del siglo XVI! Me preguntaba, llena de pavor: ¿De aquí a dos mil años qué quedará de la Catolicidad? Quizás una nueva religión, esmaltada de vestigios de la actual Iglesia Romana lo mismo que ésta conserva restos de las creencias muertas en el Asia hace decenas de siglos... Quizás los hombres piensen con el escepticismo que a mí me domina. Cada época tiene su signo...

Javier se hallaba aterrado. Nunca se enfrentó, tan cruelmente, con la impiedad; nunca, tampoco, sintió renacer en lo más hondo de sus entrañas, con mayores bríos, la sed de una Fé ardiente y visionaria en aquel Jesús, que Angelita ultrajaba en aquella Religión, que sus padres, los capitanes de la Reconquista, los cruzados de las guerras carlistas defendieron, derrochando sangre, a raudales.

Agresivo, intentó deslumbrar a la artista:

—¿Y cómo te explicas, con esas teorías, los enigmas de un mundo sobrenatural, que no pueden negarse por estar al alcance de todos: la Creación, la Muerte, el Dolor, la Injusticia...?

—Confesando, con noble franqueza, mi impotencia, lo mismo que tú la confesas, con inconsciente hipocresía, al refugiarte en una Fé cándida y ciega. Yo sé que hay una fuerza secreta y terrible que nos zarandea como peles, que juega con el destino de las criaturas; una energía tremenda, escondida en la materia.

—¿Y por qué no llamas Dios a esa fuerza desconocida? ¿Por qué no reconoces una justicia divina en ese zarandeo, en ese juego con la felicidad de las criaturas? ¿Ves como acabáis creyendo en Dios? Así sois los impíos...

—¡Dios...! ¿Dónde está, que no le veo ni le he visto nunca? Yo creo en esa fuerza oculta y arcana, pero no en las divinidades inventadas por la ambición, la cobardía o el sentimentalismo humano para medrar a su sombra, o para descansar en un sosiego fácil. ¡Ah! Si yo creyera en El, no pecaría jamás. Porque yo no concibo confesar a Dios, y ofenderle con la culpa; pregonarle con los labios y negarle en el corazón... No concibo la Fe en vuestro Jesús—un Dios hecho hombre y muerto en la afrenta y la ignominia de una Cruz por amor del hombre—sin amarle hasta enloquecer. Si yo creyera, sería santa, como lo fueron Teresa de Jesús y Beatriz de Silva; que el pecado no es al fin, más que la reacción de la naturaleza frente a ese engaño piadoso con que tratáis de encubrir vuestra incredulidad, tal vez ignorada para vosotros mismos. Pero no creo, Javier, no he creído nunca... Cuando consumía todas mis horas en el estudio, al descubrir nuevos horizontes, sentía apagarse dentro de mí, aquella fe ilusoria, que mis maestras encendieron en mi espíritu. Pensaba en los esfuerzos colosales de los grandes filósofos para abrir brecha en el tremendo misterio. ¡Pobres locos! Casi todos acabaron hundiéndose en la noche de un horrible desquiciamiento moral. Pensaba en las gigantescas proporciones del mundo natural, y agonizaba en una angustia dolorosa de mi pequeñez... Mira, Javier: ¿Ves ese reguero de claridad que la gente llama Vía Láctea? Desde aquí parece insignificante, y sin embargo contiene millones y millones de astros, en muchos de los cuales palpitará el germen de la vida. Mide con la fantasía, si te atreves, las distancias que nos separan de esas estrellas que tiemblan sobre nuestras cabezas... Su luz recorre trescientos mil kilómetros cada segundo, y hay algunas que tardan en enviarnos su resplandor años enteros. De otras, aún no conocemos ni el brillo siquiera. ¿No te aterrorizan esas cifras...? Vuelve ahora el pensamiento a los dogmas de la Religión que te atormenta. ¡Qué minúsculo el drama del Calvario...! ¡Qué ingenua la obra mitológica de la Creación! ¿Qué es el catolicismo, sino una de tantas y tantas creencias, una de las innumerables civilizaciones, florecidas y muertas en el transcurso de los siglos?

Se había exaltado al expresarse con tanta fogosidad. La claridad lustral de la noche la inundaba toda, y al sombrear sus facciones les daba una belleza diabólica y gloriosa. Benalgar, con la frente apoyada en las manos seguía en un silencio lleno de congojas. De repente, alzó los ojos al Cielo, y con voz firme y armoniosa, hizo la más hermosa confesión de fe de su vida:

—A pesar de todo, creo en Dios, y en Jesús, y en todos los dogmas de la Iglesia, Angelita. ¿Qué valen tus pobres argumentos, junto a la Voz que me habla de esas Verdades eternas, en mis ratos de hastío, para ungirme de una consoladora esperanza; y en mis horas de placer, para turbar, con el aguijón del remordimiento, la falsa paz, de que habla Santa Teresa? ¡Ay! ¡Si yo tuviera voluntad para huir de la lujuria, de la soberbia, de la vanidad...! ¡Si pudiera matar la mitad de mí mismo...!

—¡Sería delicioso...!—cortó la artista, con acento sacrílego. Te desprenderías del «hombre humano», y quedaría en tí, esa «parte divina» que te arrastra a la perfección... No seas impaciente. Aguarda un poco. La nieve de los años caerá sobre tu alma, y enfriará tus pasiones. Y entonces, libre de trabas, te convertirás a la santidad y a la penitencia. Será magnífico desenlace de tu novela... Oye, Javier: Hubo un tiempo en que solía leer el Año Cristiano, y ¿sabes qué vida de santos me gustaban más? Las de aquellos grandes pecadores que se arrepentían antes de morir. Aunque—te soy franca—en tí prefiero la primera parte.

Sonó una carcajada bárbara, en la gozosa quietud de la noche. Angelita se asomó al parque, desde el barandal donde dormía el pavo real, y con aquella sangrienta ironía, exclamó, mientras cortaba unas rosas de Borneo y las prendía a su cintura:

—Lo estoy viendo. Te convertirás, y serás un formidable Padre de la Iglesia. Harás un auto de fe con tus libros, y escribirás tus Confesiones para ejemplo y escarmiento de las generaciones venideras... ¡Qué bello final, Marqués de Benalgar, después de haber sido un pecador admirable! ¡Oh, sí! El más admirable de todos... En cambio yo... No te asustes... También haré honor a mis ideales... Como mis ideales son la fama, el dinero, el amor, la belleza y tú, cuando no me sirváis más que de tormento, será suficiente cargar un poquitín más de lo ordinario, la ampolla de la morfina, para acabar mi novela... Total, una de tantas agonías a gusto... Sólo que de ésta, ya no despertaré más...

NOTA.—A fin de evitar confusiones y posibles interpretaciones equivocadas, por publicarse en fragmentos esta novela, el autor cree conveniente advertir, que los argumentos que expone Angelita—tantas veces y tan victoriosa y definitivamente refutados—son necesarios para perfilar los caracteres de los personajes. De la impugnación de Angelita, y de la refutación que más adelante hace Javier, se desprende clara, precisa y espléndida, la Verdad y la necesidad de la Fe, la naturaleza divina de la Iglesia y lo absurdo del ateísmo.

(Se continuará)

Ya en caja este número recibimos la noticia de haber caído por España, en el campo de combate, nuestro colaborador el Alférez provisional de Infantería camarada Manuel Garzón Gallego.

«CAUCES» recoge esta muerte con el alma ungida de dolor y de orgullo, y hablará, en breve, ampliamente, de la vida y la obra de este nuevo héroe, exquisito prosista de la literatura nueva.

Camarada M. Garzón Gallego.

¡PRESENTE!

Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOGRAFÍA

"POEMA DE LA BESTIA Y EL ANGEL".—José María PEMÁN.—Ediciones "JERARQUÍA".—Talleres Uriarte: Zaragoza: 1938.

La guerra ha hundido en todas las manifestaciones del espíritu su dura e implacable enseñanza. La guerra ha sido cauterio en las viejas llagas incuradas y pañuelo de sangre para las caducas teorías liberales, fenecidas, y aliento de juventud y brote de primavera para nosotros, que seguimos, hace tiempo, en período de pleno aprendizaje, esta indecible angustia de soñar una Patria al calor de Ramiro de Maeztu, de Pradera y de José Antonio, y de la voz de Calvo-Sotelo, bandera y guión de la Cruzada. La guerra ha salvado, con salvar geográficamente a España, nuestro concepto español de la Historia: en su arte, en su música, en su literatura profunda y exacta. Ahora podemos oír, a mirada suelta, la «Suite Española» de Albéniz o «El amor brujo» de Manuel de Falla. Y podemos abrir, bajo los troncos centenarios de nuestros hogares campesinos, las tapas religiosas y azules del «Castillo Interior» o de «la Subida al Monte Carmelo». El aire vibrará en nuestros oídos y el paisaje se adentrará por nuestros ojos hasta clavarse serenamente en el alma. Antes no: porque antes nos dolían los brazos de señalar en la llanura de Castilla la llama de la iglesia incendiada, o de mirar, a plena calle, la frente amarilla del muerto por España. Ahora todo tiene una serenidad ancha, robusta, de siglos vueltos a sonar, con santa estridencia de caballería, por los llanos del Cid.

Uno de los vértices sagrados, movidos a punta de fusil hasta elevarlos de nuevo en las cumbres, ha sido el vértice de la poesía muscular, nerviosa, decidida, que cantase, en plena epopeya, el vigor de los hombres, la desesperación de los brazos levantados contra el sol ante las alambradas enemigas. Porque esos brazos eran y son los brazos que levantaron, en un mundo de abandonos y de incredulidades, la bandera de una travesía descubridora, y el guión de una evangelización religiosa, más allá de los confines del Atlántico conocido.

Y ha surgido: íntegra, varonil, sin los bagajes enfermizos y llorones de cualquiera poesía de último momento, al servicio disimulado, de aquel desquiciamiento espiritual de la juventud que se llamaba «nuevas formas» «originalidades» «neogongorismos», infantiles, si no hubiesen encerrado el comienzo de una desorientación que tantos estragos ha producido en los espíritus jóvenes, carentes de la gimnasia moral precisa para hacerles frente y ofrecerles combate. Estaba, flotando en el aire, el último girón de la bandera honrada. Y de un salto, para hacerla vibrar de nuevo ante los ojos de todos, José María Pemán, poeta y orfebre de la Cruzada, ciñó, en el impulso de su brazo atlético, el verso perdido, el poema por hacer, la gesta pendiente de canción y de elogio. Ha sido él, únicamente, él, quien ha dado calor y perennidad a cuanto nos ha rodeado en estos dos años de guerra implacable. Como muy bien afirma en su prólogo—verdadera POÉTICA suya—se dió cuenta de la trascendencia de nuestra Cruzada a las puertas del Madrid dolorido y cercano. Y dice—en milagrosa metáfora—que España, en aquel soberbio «allí», en vez de rechazar la pelea, dobló su «cuello y exclamó: He aquí la Esclava del Señor...»

El «POEMA DE LA BESTIA Y EL ANGEL», redondo, cíclico, robusto, como un pulmón henchido, es un grito y una consigna. Y saltará fronteras y valles, y pueblos y aldeas, y tiempos y épocas, porque en sí tiene toda la vitalidad indestructible de la raza y toda la gracia de un Poeta elegido, directamente, por Dios, para esta casi imposible empresa de cantar la guerra civil española.

Está dividido en tres núcleos: Pasado, Presente y Futuro. En el pasado—titulado «Desde el origen de los tiempos» no es posible concebir más alto el sentido religioso de nuestra Hora. José María Pemán, con la frente abrasada por el resplandor de Dios, contempla en la cima, con aquella admiración celeste con que el Dante contemplara el Misterio de la Santísima Trinidad, la presencia del «Octavo Candelero» que es el de la Iglesia de España, atravesando el «Pacto del Cordeiro y de la Bestia», soberbio en su punzada contra las habilidades del viejo tipo francmasónico. Nos lleva luego al «Nacimiento del Caudillo», con sabor de égloga de navidades, con sabor de villancico, iniciado, en la ronda de las rías gallegas, por un temblor profético de gaitas, y un lento «ay» de las saudades lusitano-galaicas. Es aquel sabor del extremo de la península que ahora

mismo—no hace tiempo—ha brotado de nuevo, en el ofrecimiento del pazo de las Torres de Meirás. Porque Franco nació allí, en el norte de España, en la cúspide de esa melancolía con que acariciamos nuestro mapa a la hora de los viejos silencios, en que dejamos posada la mano, casi sin darnos cuenta, en la dulcedumbre de Galicia; porque Franco nació allí, ahora, al estallido solemne de los cañones, toda ella, dulce Galicia de las gaitas calladas, de las morriñas y de los emigrados, se ha volcado contra la mano fría y misteriosa de Rusia, que quiso poner, en el martirio de Oviedo, su temblor de odio judío, su espanto de nieve perpetua.

El «Rapto del Dios», solemne evocación del prendimiento de José Calvo-Sotelo, el ancho amigo, columna catedralicia de todo «esto» tan glorioso que se nos ha venido a las manos, para llenarlas de alegre tarea misionera. Todo él, todo el «Origen de los tiempos» es solemnemente genial. No restringimos el adjetivo, porque opinamos exactamente igual que el Poeta en su prólogo: «no tuve miedo a los pronombres relativos a la hora de subir a las tribunas».

En España—porque ha sonado la hora de hablar hacia arriba, sin contornos ridículos de intelectuales con «gafas inexpertas»—ha sonado también, del todo y para siempre, la hora espléndida de ofrecer a cada uno su verdad o su mentira. Y si es necesario para ello el adjetivo, se utiliza, porque sería pedante aventar en la Gramática las fórmulas, como se aventaba en la parva el calor escondido de las mieses.

Todo el que se crea ofendido por la vibración de un adjetivo o de una hipérbole, que se hunda en la «soledad inexpresiva», como yo me permito denominar a ese sótano oculto y reservado en el que pretenden pasar como «Salomones» quienes saben demasiado que no pueden hacer más que «pinitos». Esta es la realidad: aunque duela: esta es la realidad: no hay otra cosa. Hacía falta el grito y ya es hora de ir lanzándolo. El poeta ha de serlo para cantar su mundo sensible, sí, pero para cantar también su mundo exterior cuando humanamente este mundo exterior es mejor y más excelso que el íntimo del poeta. ¡Ya vendrá la hora de hacer nuestra poesía, la poesía sacramental de cada uno! ¡Ahora hay que hacer, valiente y altaneramente, como José María Pemán, la poesía ancha y muscular de la guerra! ¡Porque lo exigen los muertos y los heridos y los inválidos y los prisioneros y los tullidos y las madres y las novias y los niños sin padres y los templos profanados y las llamas de los hogares!... ¡Lo exigen las bayonetas!; y una poesía que cante esto, literariamente, con sentido hacia lo eterno de los símbolos y las gestas, ha de tener en el futuro, un sitio de privilegio.

En el Presente, el «POEMA DE LA BESTIA Y EL ANGEL», canta, además, las torres del Alcázar, copiadas en el Tajo y ahora derruidas. La Flotilla alegre y joven de nuestros destructores, con la elegancia de aquel «Almirante Antequera» que se, «recostaba sobre la mar, virando». La niña de Talavera que murió, aplastada como una flor en la senda de oro, bajo el plomo de los aviadores. Los centinelas que hacen su guardia en las cumbres, «rabadanes de nubes» en los picos altísimos.

El Futuro, tiene, como piedra angular, el «Mensaje de la Alegría» y el «Himno de la Abundancia». El «POEMA DE LA BESTIA Y EL ANGEL» ha saltado de un brinco, a esa cima donde yacía, caída en la tierra, el último girón de la poesía humana y ancha de los épicos.

¡Alzad vuestro Mensaje, campanas del triunfo, y cantad, desde las torres más altas, la llegada de José María Pemán al vértice de la Cruzada invicta!

¡Alzadlo, campanas!

¡Resonad, clarines!

¡Dad vuestro sabor de eternidad, laureles!

¡Porque así sea para siempre!

¡Porque así sea!

Luis DE BARJA

“ROMANCERO DE LA RECONQUISTA”.—De N. Sanz y Ruiz de la Peña.—Librería Santarén: Imprenta Castellana: Valladolid: 1938.

Admirablemente editado—tipos y papel—nos llega este nuevo libro del gran poeta castellano. Hace mucho tiempo, desde aquellos difíciles de las primeras salidas de «Cauces», que seguimos con interés creciente la marcha literaria de Ruiz de la Peña, a través de sus obras... Y en cada una de ellas hemos hallado un matiz diferente, aunque todas plenas de igual emoción

y del mismo alto sentido poético, lo que nos prueba existe una línea recta en su camino y un rumbo perfectamente trazado para su obra.

N. Sanz y Ruiz de la Peña, en el corazón de Valladolid, ha sentido la enorme trascendencia de la Cruzada. Y con todo el clamor del Alto del León—de los leones, ahora—ha trazado, con perfil de viejo romance épico, la sólida columna de nuestros gloriosos antecedentes históricos, remozados hoy por la sangre de los caídos y llenos de honda ejecución por el clamor de las armas de Franco. Porque España necesita una literatura viril, que sepa entenderla de plano, de lleno, ansiosamente, como se ha hecho toda la guerra: con los brazos alzados en señal de triunfo por los duros caminos de los montes, por el fuego abierto de las llanuras, por las rutas del mar, por el aire lleno de anunciaciones excelsas.

Y N. Sanz y Ruiz de la Peña ocupa un alto sitio en la nueva Literatura de España, porque ha sabido poner en cada nombre su palabra iluminada y en cada momento su verso que esculpe el sentido interior de lo heroico.

Así es «ROMANCERO DE LA RECONQUISTA»: espléndida contribución a la literatura épica de la Cruzada, nuevo sonido imperial de las trompas guerreras, y cauce serenado donde alienta el fervor con que un día—ya en el silencio de la paz—nuestros hijos dirán con el poeta:

«Y cuando a media mañana
marchan a pie y cuesta arriba
ochocientos castellanos
desplegados en guerrilla,
hacia el Alto del León,
su gran primera conquista,
cae el arriero de Toro,
rota por mitad su vida,
alzando un nuevo peldaño
a la gloria de Castilla.»

Se compone este «ROMANCERO DE LA RECONQUISTA», de diez cantos: todos fundidos en apretada síntesis y sueltos, para su lectura, en el claro paisaje amoroso.

Ha entendido Sanz y Ruiz de la Peña el sentido ascético, piadoso, de la Guerra: y nos la ofrece como una rememoración simbólica del Cid, caballero andador de todos los caminos castellanos, que llegó a Cardeña, en aquella madrugada «al quebrar albores», con un sabor de grillos y de gallos vigilantes, y un sonido vibrante de viejas armaduras, y un galopar de corceles por el llano.

«El Cid y sus caballeros
hincan la rodilla en tierra.»

.....
Hay un silencio solemne
en torno al Cid. Se dijera
que todos los castellanos
se han vuelto estatuas de piedra
para escucharle. Ni el aire
osa moverse siquiera.»

La figura del Cid, sus hijas, su esposa, personajes todos envueltos por la claridad dorada de la leyenda poética, surgen aquí en este romancero amable, de nuevo, movidos por la pluma exquisita de Sanz y Ruiz de la Peña, hondo y alto poeta de Castilla, entendedor del sentido misionero de nuestra Guerra Nacional.

«ROMANCERO DE LA RECONQUISTA»—llamado al aplauso de la posteridad—está escrito en el clásico octosílabo de nuestro mejor romance, y junto al heptasílabo alegre y musical, tiene también la estrofa robusta y amplia, llena de bellísimas cadencias, de nuestros más escogidos metros clásicos.

Acogemos con alegría la llegada de esta nueva obra del poeta vallisoletano, augurándole, con nuestras gracias por sus amables líneas, un completo éxito de crítica y público.

Luis DE BARJA

Imperial Toledo

Vino de Heroes

González Byass y C.^a = Jerez de la Frontera

TIMBRE
A METALICO

222

DE NUESTRO PRÓXIMO ÍNDICE:

ENTENDIMIENTO PROFUNDO DE LO
MÍSTICO LUIS DE BARJA.
HE AQUÍ EL DIÁLOGO DEL PECADO
Y LA GRACIA FRANCISCO MONTERO GALVACHE.

«CAUCES» en Italia.

EN TORNO AL ALMA DE VENECIA . . . MARGARA DE MUNTANER.
PRESENCIA ILUMINADA DE MANUEL
GARZÓN GALLEGO, ALFÉREZ DE
ESPAÑA F. G. T.
AL ENCUENTRO DE MÍ MISMO. JOSÉ M.^a HERNÁNDEZ-RUBIO.
HIMNO DE LA ABUNDANCIA JOSÉ M.^a PEMÁN.
CONSIGNA DE AGOSTO JULIO ESTEFANÍA.
VINO, CAMPO, MOSTO Y SOL LUIS PÉREZ SOLERO.
ÚLTIMA CARTA A MANUEL GARZÓN . . JOSÉ DE LAS CUEVAS.

CRÓNICAS POR SANZ Y DÍAZ, PÉREZ CLOTET, PEDRO MONTERO,
JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ, JESÚS DE LAS CUEVAS, RAMOS GARCÍA,
Y ALEJANDRO ECHAIDE.

FOTOGRAFÍAS POR LUIS PÉREZ SOLERO, MARGARA DE MUNTANER
Y MANUEL AGUILAR.

FOTOGRAFADOS DE «FOTO CASTILLA» DE VALLADOLID.

EDITORES

FRANCISCO MONTERO GALVACHE
JOSÉ M.^a HERNÁNDEZ-RUBIO
Y PEDRO MONTERO GALVACHE

J E R E Z D E L A F R O N T E R A

VINO DE HÉROES



PARA EXCELENCIA GONZÁLEZ BYASS